

Abraham Valdelomar

**EL SUICIDIO DE RICHARD
TENNYSON**

Cuento yanqui

El siguiente texto es una reproducción facsimilar del que apareció en dos entregas en la revista Variedades, en los números 99 y 100, del 29 de enero y 5 de febrero de 1910, respectivamente.

Esta versión de "El Círculo de la Muerte" es especialmente interesante: trae ilustraciones del mismo Valdelomar y presenta innumerables variantes respecto a las publicaciones posteriores, en 1916 y 1918. Además, el texto contiene apreciables datos lingüísticos, sobre todo referidos al vacilante tratamiento en forma castellana de ciertas voces inglesas.



CUENTO YANQUEE

Para Manuel Beingsola

Cómo mi cuñado Richard llegó a poseer una gran fortuna

Harry Black es riquísimo. Su cuñado es millonario y le dispensa una gran protección. Harry gasta el dinero de una manera alarmante. Una tarde en «Hartfort City» remató en diez mil pesos el archivo de cartas de una célebre actriz, y, durante el tiempo que tiene convidados á su casa hace echar perfumes en las fuentes del jardín.



....mi cuñado Richard....

- Pero Harry, amigo mío, usted va á concluir pronto con su fortuna, le reprochaba yo.

--La fortuna de mi cuñado es eterna. Descuide usted. No se concluirá nunca....

—Cómo? Es socio de la «Niagara Eléctriclant». Su patrimonio corre á cargo del Estado?.....

—Pero usted no sabe cómo se hizo millonario mi cuñado Richard?..... Espere.....

Hizo que el ayuda de cámara pusiese en el «automatic» una goma de «The Merry Widou» y empezó de esta manera:

—Los negocios del señor Kearchy marchaban mal. Kearchy, un hombre ingeniosísimo era ante todo yanquee.

Acostumbrado á ver el mundo desde los edificios de cuarenta pisos de nuestro país, buscaba por encima de todo la solución del problema de su redención pecuniaria.

Una tarde después de tomar un *shop* en un «Bier Saloon» de la Quinta Avenida, se dirigió presuroso con una gran idea á casa de Kracson, antiguo y sincero amigo suyo, que había llegado á poseer cerca de cien mil dólares en una negociación de cueros con sucursal en Boston y casa central en «Wall Street».

El ayuda de cámara dejó instalado á Kearchy en una antesala correctísima. A poco apareció Kracson con su calva augusta y sus labios depilados. Kearchy principió bravamente. Le habló de su vida pasada, toda una vida de triunfos y de fracasos. Le dijo como llegó á poseer tierras y estadios en «Conney Island», cómo aquellos valores llegaron á ha-



....el ayuda de cámara....

cerle millonario, y, cómo, ultimamente la quiebra fraudulenta de su Agente lo había reducido á la miseria...

Kracson creyó á su amor y terminó ofreciéndole un puesto en Boston.

—Cómo. Un puesto en Boston?.....Y mis sueños de grandeza?....Y mis expectativas para el porvenir?..... Mira, Kracson. En enero de 1906 era yo segundo corredor de «Barclay Brothers». En julio del mismo año hice un balance total al asegurar mi vida. Hoy es doce de agosto de 1906 tengo 34 años, y hé aquí el presupuesto de lo que debo ser hasta los setenta.

Y alargó á Kracson un pliego tintado en rojo y en negro como una factura comercial. Kracson con la mayor naturalidad del mundo leyó:

Alex Kearchy á su firma:

1905.... enero 15... Segundo corredor de «Barclay Brothers»..... Seis dolarses semanales y gratificación.

1905.... julio 18..... Primer Jefe de la Sección importación.... Veinte dolares.

1906.... marzo á agosto ... Disponible.....

1906.... agosto doce.....

1909.... Contratista como Empresario de Irrigación.

Y seguía una larga lista de puestos ascendentes que concluía en 1942 de Congress man, con los pestos inclusivos de Secretario de Estado y de contratista de empréstitos á varios países sud americanos.

—Pero en 1906 no está llenada la partida, dijo Kracson.

—He venido á llenarla precisamente.....

—Pero esa debe ser una partida monumental.... Y yo....

—Aquí está la garantía de la partida, Kracson.

Kearchy sacó un segundo pliego que Kracson leyó avidamente. Decía:

Alex Kearchy se compromete á asociar á Johan Kracson en una empresa que produce dinero eternamente. La empresa debe explotar un espectáculo en que muere diariamente un hombre.

—Ya vez. Tengo el secreto, el verdadero secreto de nuestra fortuna. Imagínate que muere un individuo á la vista del público diariamente. Un es-

pectáculo peligrosísimo que logrará reunir más espectadores que los hubo hasta hoy en lugar alguno. Serían estrechas mis posesiones de Conney Island.....

—Pero ese espectáculo no puede realizarse.....

—Puede realizarse desde que se trata de una empresa altamente altruista....

—Altruista con un hombre muerto cada día?

—Sí. Tendremos el aplauso del público y el apoyo del Estado. Seremos dueños de una fortuna inmensa, Kracson. He calculado las entradas diarias, palcos, galerías, butacas, sillones de orquesta y bastidores. Habrá palcos ocultos para las señoras en cinta que no podrían ir á la vista del público sin accidentarse. Seis mil dólares de entrada bruta la primera tarde. Diez mil la segunda y así sucesivamente. De este modo yo llenaré la partida de hoy y podré seguir cubriendo mi presupuesto hasta 1942.....

—Ja! Ja! Ja! Si falta lo principal, dijo Kracson;—quien se dejaría matar? Pase la primera vez, pero la segunda?.....

—Lee.

Y Kearchy alargó á Kracson un tercer pliego que decía:

U. S. A. New York. Municipalidad. Sección estadística, Promedio diario de suicidios;

Por amor.....	3
Por falta de recursos.....	5
Por crimen.....	1
Por causas desconocidas..	1

Total..... 10

—Y que?, dijo Kracson.

—Que si publicamos este aviso en el «New York Herald»

«Las personas que quieran suicidarse pasen antes por la Agencia «Kracson, Kearchy» donde recibirán mil dólares. Avenida Franklin. 34 piso A. L.

ABRAHAM VALDELOMAR.

(Continúa)



CUENTO YANQUEE

(Conclusión)

«Los suicidas acudirán entonces, y este es el secreto del negocio, implantamos un «looping the loop» en automóvil doble, llevando el operador, el suicida, ligadas las manos y vendados los ojos. El punto de lanzamiento está á ciento ochenta metros de altura. La muerte es rápida y tranquila. De esta sencilla manera el público aplaudirá delirante y el suicida, que poco antes solo iba á dejar á su familia un poco de lágrimas, dejará para ella ó para quien designe los mil dólares del premio. Los domingos daremos funciones extraordinarias en las que deben morir los excéntricos, los grandes banqueros arruinados, ó, en fin, aquellas personas que por algún motivo llamen la atención del público.....

—Admirable!.....

Y Kracson llenó las partidas de Kearchy desde el diez y seis de agosto hasta los setenta años, es decir desde 1906 hasta 1942.

II

— Edad?
— 38 años, señor.
— Profesión?
— Ebanista.
— Está resuelto firmemente á matarse?
— Sí, señor.
— Deja parientes?
— Siete pequeños, mi señora y dos sobrinas. Además, mi cuñada y su

marido. Yo no tengo un céntimo. Si vivo dos días se descubrirá algo que me lleve á la cárcel.....

—Corriente. A quien debemos entregar los mil dólares?

—A mi mujer. Y si sobrevivo me los daréis á mí?

—Sí. Se os hará un descuento del quince por ciento recargado á las entradas.

—A qué hora debo morir?

—A las cuatro. Pase.

Está listo el automóvil. Feliz viaje, amigo.

Y sir Kracson oprimía con una mano la diestra del obrero y con la otra daba fuerza á un timbre. Apareció un criado que acompañó á su camarino al nuevo y fugaz artista

—El número 82, gritó por el ventanillo sir Kracson.

En el salón de espera había diez y ocho individuos. Todos esperaban su turno para cancelar su último contrato. Había jóvenes de aspecto enfermizo. Pálidos de ojos azules hundidos y de cabello amarillo, muriente, pegado á las sienas. Morfinómanos elegantes que esperaban con los ojos velados la voz del oficinista que los llevase á otra vida, dulce y apacible como sus soñaciones. Viejos de caras congestionadas. Una niña de quince años de aspecto violento, de pelo rojo y de mirada hosca. Esta se mataba de mal humor. La aburría hacer los viajes diarios

entre Brooklyn y New York, que le producían el sustento y había tenido un amor cortado de improviso. Otra mujer esperaba impaciente; ésta padecía de un mal incurable. Era jóven y había llevado una vida desastrosa.

Al poco rato entró un jóven elegante, ligeramente pálido y de ademanes correctísimos.

—Si no me atendéis de preferencia, me estrello contra el primer convoy de carga, gritó por el ventanillo, me toca el 94!.....

Y se abrió la rejilla metálica para dar paso al jóven.

—Su edad? le interrogó Kracson.

—26 años.

—Estado?

—Soltero.

—Tiene usted el firme propósito de matarse?

—Como que si se demora usted mucho lo reviento. Usted sabe de lo que es capaz un hombre que va á morir dentro de media hora? Estoy arruinado. Mis últimos billetes fueron cambiados en París y en Montenegro. Vengo hastiado y siento tedio de vivir. No temo á nada ni á nadie, y desde ahora declaro que no tengo relación con las leyes morales y sociales de mi país. No me pertenezco á nadie, y, como en los pasados y primeros tiempos de la Humanidad, nadie me pertenece. Era el último placer que quaría experimentar. Ser libre de todo y de todos. Hoy solo existe mi voluntad y mi voluntad soy yo. Me debía á mi novia y voy á indemnizarla con el precio de mi vida. Cancelemos pues!

El señor Kracson empezó á extender el contrato.

III

La avenida de álamos de Garden Park era estrecha para contener el número de personas que acudían á la novena representación del «Círculo de la Muerte». Los autos y los motos se disputaban el sitio para llegar al amplio *hall* de internación al circo.

Las funciones anteriores habían producido una entrada bruta de 40 mil pesos oro. Ocho mil habían servido en las indemnizaciones. Dos mil sirvieron para los primeros gastos, y

treinta mil habían sido la ganancia de los señores Kracson Kearchy.

—¿Quién sube hoy? inquirió una señora de impertinente á un jóven de amplio vestido gris.

—Es Charles Tennyson.

—¿Su cuñado? le interrumpió á Harry.

—Sí; el esposo legal de mi hermana Eva, me dijo, y continuó:

—Es un jóven distinguidísimo—decía la señora del impertinente—tiene idea de vencer y parece que morirá como sus ocho antecesores.....



....Alex Kearchy.....

—No-interrumpe un señor burgués—cambiando una hoja de su «block-noter»—el jóven de hoy sube por que es un excéntrico...

De pronto un grupo que vá creciendo por segundos, se dirige hacia la parte central. En medio de la multitud ávida y curiosa vá el chauffeur de hoy hacia su camarino.

Se dan los anuncios. La gente se instala. Los tableros tienen un aspecto móvil de cinematógrafo. El blanco de los cuellos, las pecheras y los sombreros, dá al conjunto un aspecto de movilidad fragilísima.

Un murmullo de admiración hace converger todas las miradas en la portezuela por donde sale el artista.

Viste un correcto y cerrado gabán de pieles, gorra de piel de nútria y an-

teojos ahumados. Guantes deslustrados y botinas.

El «chauffeur» tiene un aire de distinción indiscutible. El 40 H. P. lo espera elevado yá al lugar del lanzamiento, que es de 180 metros de altura, teniendo la curva máxima 150. Se dá la última señal. El ejecutor se vá á lanzar. Todos observan sus menores movimientos, con esa curiosidad que inspiran los que ván á morir. Un silencio absoluto domina el Circo.

¡Por fin!... El automóvil se lanza al abismo. Dá las dos vueltas obligadas, y, cuando un desvío de la línea debía ocasionar la caída, una casual inclinación del cuerpo salva al chauffeur, y éste, ligados los brazos y vendados los ojos llega al final de la carrera entre las delirantes aclamaciones de la multitud.

Le desligan los brazos y le hacen pasear el circo entre vítores y aplausos. Una lluvia de sombreros y de monedas no lo dejan avanzar.

—¡Salve cesario!... ¡Salve cesario!

La granjería neoyorquina, peliroja y musculosa, lo lleva en hombros y, á su paso, las damas sonrien y los hombres envidian. Por primera vez Kracson y Kearchy pagaron personalmente el precio de una vida en pesos oro.

IV

A los tres días el primer solicitante que llegó á las oficinas de «Kracson Kearchy» fué Richard Tennyson.

—¿Usted otra vez?, le preguntó espantado Kracson.

—Si señor; quiero matarme.

No es posible; usted concluirá por echarnos á perder el negocio. Es necesario morir y usted no morirá seguramente.

—Sí señor; me mato y si no me aceptáis, me arrojó contra el primer convoy de carga ¿Usted sabe de lo que es capaz un hombre que vá á morir dentro de diez minutos?... Estoy arruinado y los últimos billetes los cambié en París y en Montenegro. Declaro que.....

—Decididamente, no le matamos á usted....

Y esa vez mi cuñado Richard salió desilusionado.

A fuerza de dar vueltas sobre el ne-

gocio monumental de Kracson Kearchy, Tennyson se dió cuenta de que el original invento no había adquirido la exclusiva del negociado. Con la mayor discreción se echó á conseguirla y un buen día se concedía por las oficinas de Estado la exclusiva del «Círculo de la Muerte» á favor de Richard Tennyson, prohibiéndose en absoluto á cualquier otra empresa ó particular.



....Kracson con su calva angusta y sus labios depilados....

El porvenir de Kracson y Kearchy principió á obscurecerse. No habían tenido la precaución de pedir la exclusiva, porque jamás creyeron que alguien sobreviviría al «Círculo de la Muerte». La empresa «Kracson Kearchy» dió sus últimas cinco funciones. A los cinco días precisos principió á funcionar el negocio de Richard Tennyson. A las bodas de oro, es decir al morir el quincuagésimo individuo, se casó Charles Tennyson con mi hermana Eva. Es hoy millonario. Tiene una fortuna fabulosa. Usted sabe que hace cuatro años que existe el «Círculo de la Muerte» y que el Estado lo protege como Institución Oficial. Es socio de inmigración y agregado á la empresa de canalización del Far West.

Es miembro reelecto de beneficencia y socio protector de varias instituciones humanitarias.

—¿Y Kracson y Kearchy?

—Han venido á suicidarse dos veces á la Empresa de mi cuñado, pero él no ha querido. Dice que le echarían á perder el negocio. La última vez que vinieron, mi hermano les dió puestos

en la misma oficina del «Círculo». Kracson aceptó, pero Kearchy salió irritable. Verdaderamente, es un hombre ingeniosísimo y pronto conseguirá otro negocio tan monumental como este. Solo que esa vez no se olvidará de pedir la exclusiva. Mientras tanto, mi cuñado Richard seguirá enriqueciéndose hasta la consumación de los siglos.....

—¡O hasta que se le acaben los suicidas!...

—No se acabarán nunca, porque siempre habrá enamorados tristes, aristócratas morfínomanos, poetas neurasténicos, burgueses arruinados, ni-

ñas abandonadas é individuos hambrientos. En último caso —dijo riendo Harry— allí está Kearchy como reserva. Si en vez de salvarse, se estrella, como es casi seguro, se dará el primer caso de que un yankee fracase... Pero Kearchy salvará, es un hombre ingeniosísimo y ahora hace sus paseos por los alrededores de la Quinta Avenida....

La goma se ha detenido y las melodías de «The Merry Widou» han dejado de sonar en la caja del «automatic».

ABRAHAM VALDELOMAR.

Enero—1910.



